

El Hombre que Sonaba

de Ernesto Malbrán

La primera vez que vi a Ernesto Malbrán, hará de esto unos catorce años, fue en Valparaíso y en los preparativos de la presentación de un auto sacramental que un grupo de estudiantes de la Universidad de Chile portaba, bajo la dirección de Juan Uribe Echeverría, iba a presentar en el atrio de La Matriz. La pieza era la Danza de la Muerte, y Malbrán, con otros integrantes del CADIP (el grupo teatral del Pedagógico de Santiago) se trasladó en carácter de maquillador, o lo que fuera menester, para ayudar al novel conjunto porteño. Recuerdo de entonces su alta figura muy pálida, su atuendo (un montgomery obscuro que le otorgaba cierto misterio) y el lenguaje desusado que esgrimía, con una afabilidad cansada, y que a nuestros oídos provincianos tenía un prestigio indudable: "A ver, guachita —les decía a las niñas mientras les pintaba la cara—, mira para acá".

Años después, por ahí por el 68, volví a ver a Malbrán. Era el Congreso constitutivo de ADIEX (Asociación de Docentes, investigadores y extensionistas de la U. de Chile) y un enorme académico de figura, voz y gestos rotundos y enorme chaqueta de cuero negro, contaba a la audición cosas que habían sucedido allá, en la Sede de Osorno de la Universidad, para concluir con una frase apocalíptica: "Y enroscados —concluíla dominando con potencia a la asamblea— quedó el despelote." En él, aunque sólo lo reconocí cuando lo nombraron otros oradores.

Los que alguna vez hayan leído estas crónicas, sabrán bien que me cuido de caer en la anécdota cuando de comentar un libro se trata. Más aún, que pienso que las actuaciones, la biografía, las intenciones conscientes de un autor tienen poco que ver en la comprensión de sus obras, y que sirven sólo como un elemento más, no primordial, en su análisis. Pero en esta oportunidad no he podido resistir la tentación de recordar las citadas, porque marcan dos extremos perceptibles en *El hombre que sonaba* (Santiago, Quimantú, Colección Cordillera, 1972, 75 ppl, el conjunto de relatos que ha publicado recientemente Ernesto Malbrán. Podría recordar aún otras (por ejemplo, no olvido la ocasión en que, en un bar de Osorno, me contó en versión oral "Mister América", relato que integra la colección citada y que fue publicado, hace algún tiempo, por *La Nación* en su suplemento dominical: lo

recuerdo porque la versión hablada era todavía mejor, más viva aún, que la escrita), pero bueno será que vayamos al texto y expliquemos lo que queremos decir.

Trece textos integran el libro ("El hombre que sonaba", "El gavilán", "Norma", "La muerte de Pepe", "Pedro trabaja y muere", "La sandía", "Mister América", "In Memoriam", "La espera", "El coronel", "Cada uno en su bicicleta", "La OEA", "Pluralismo ideológico", los tres últimos agrupados en "Triptico") y entre ellos hay mucha más unidad de la que pudiera sospecharse a primera vista. Ya lo señala Antonio Skarmeta en su presentación del volumen: "El narrador aquí es un tipo al que no le vienen con cuentos. Sabe que cada trozo de existencia tiene en su insignificancia un ineludible sentido. Y es esta humanidad, este ojo adiestrado para mirar la trascendencia, el amor, el milagro, lo mágico en lo cotidiano, lo que hace de Malbrán un asombroso renovador del cuento chileno. Aquí todo lo que aparece es heroico por el simple hecho de existir. De allí que la prosa de Malbrán sea un ejercicio celebratorio, que otro remedio puede quedarle". Grandes figuras retóricas, las narraciones de Malbrán reproducen, *pars pro toto*, la complejidad del mundo. No es sólo la constancia de la perspectiva desde la que se narra la que permite esa impresión: son las referencias internas, entre uno y otro texto, como sucede por ejemplo, en un nivel primario, con ciertas frases que repiten personajes de distintos relatos ("Soy apolítico. No soy instrumento de nadie", dice el chico Colipán, cuando es amenazado por Mac Donald, en "Mister América"; "Soy apolítico. No soy instrumento de nadie", repite uno de los personajes de "Cada uno en su bicicleta", deseoso de no correr riesgos inútiles) o con la aparición, no explícita, de ciertos personajes en distintos textos, como sucede, verbigracia en "El hombre que sonaba" y "Pluralismo ideológico".

Pero la semejanza fundamental que recorren las narraciones de *El hombre que sonaba* es la oposición entre la apariencia y la realidad, entre la conveniencia y el compromiso, entre la sumisión y la rebeldía, tal vez entre la alienación y la vida. Anselmo, el personaje de *El hombre que sonaba*, está agradecido a la escuela por dos razones: Número uno: Por haber cursado ahí hasta tercera preparatoria. Número dos: Por haber cursado ahí hasta tercera preparatoria: pero esa contradicción es

algo más que un juego de palabras. Si bien cuando Anselmo interroga a su "discípulo" sobre lo que es "árbol" y aquel responde que sustantivo común, o "verde" y le contesta que adjetivo calificativo, es capaz de volverse y gritar hacia la escuela ¡"Mierda!", y hacer que el alumno de vueltas interminables alrededor de un eucalipto; cuando, en cambio, al propio Anselmo le propone su profesor que vaya a la ciudad a ganar dinero imitando ruidos, Anselmo parte "porque su profesor siempre sabía lo que le convenía a la gente". El que alguien muy semejante a Anselmo, si no él mismo, muera a manos de los representantes de la tradición, la familia, la democracia, Dios y la ley, en "Pluralismo ideológico", por el inocente delito de abrir los brazos, comenzar a gorjear como un pajarillo y sacarse un huevo del trasero, muestra de alguna manera el destino de los habitantes de este mundo, la fatalidad de las contradicciones que lo conmueven. Desde el primero de los relatos hasta el último (con la posible excepción de "El Gavilán") esa atmósfera reina en el conjunto: el que esa figura vital que es Anselmo (o su alter ego) aparezca al comienzo de sus páginas y desaparezca en las últimas, con las características señaladas, es, tal vez, casual, pero ilustrativo.

Entre la vida de verdad, y la reflexión, (temerosa o especulativa o evasiva) sobre ella, se mueve este *Hombre que sonaba*, en una contradicción no resuelta en ocasiones, pero que apunta "hasta la victoria siempre", como reza la dedicatoria del libro. El más breve de sus textos, muestra cabalmente esta situación. Reprodúzcamoslo. Su título es "In memoriam".

"En un rincón de la Patagonia, en un cementerio olvidado y barrido por el viento, sobre una tumba hay la siguiente inscripción:

En toda su vida siempre pensó hacer lo que dijo, pero jamás dijo lo que en verdad pensó: así como nunca hizo lo que pensaba, ni se dio el trabajo de pensar lo que decía: fue un genuino representante del pueblo.

Cuando pregunté, nadie sabía nada. Finalmente, un anciano me dijo que le habían contado que ese hombre había llegado al Parlamento. Lo que nunca pude saber es si había sido un genuino representante de las gentes del lugar o de todos los desheredados de la tierra".

1998

La Nación Stgo. 10-XII-72. P. 3.

El hombre que sonaba [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Iñigo Madrigal, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hombre que sonaba [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile